

## *Premio Nacional de Historia*

*Sergio Villalobos R.*

El otorgamiento del Premio Nacional de Historia de 1994 al profesor Mario Orellana Rodríguez ha sido un hecho lleno de significado para los estudios de la arqueología y la prehistoria.

La ley número 19.169, promulgada por el presidente Patricio Aylwin el 22 de septiembre de 1992, en cuya preparación tomamos parte, representó una superación de la norma hasta entonces vigente y dio un nuevo carácter al galardón.

En el artículo 5° se dispuso que el “Premio Nacional de Historia distinguirá al investigador que se haya destacado por su aporte a la historiografía, comprendida desde los inicios del poblamiento humano”. Con ello se buscó hacer justicia y un debido reconocimiento a disciplinas que tienen un largo trayecto en el país y que han alcanzado buen desarrollo. Los nombres de José T. Medina, Ricardo Latcham, Tomás Guevara, Aureliano Oyarzún y tantos otros, han sido hitos importantes de una tarea prestigiosa, que hoy día se complementan con investigaciones de gran calidad.

Además de la labor concreta realizada, se ha tenido en cuenta un enfoque epistemológico del mayor significado: en esencia el hombre es uno solo, de suerte que la posesión de la escritura, no obstante ser un rasgo cultural de mucho peso, no separa etapas en forma tajante. La diferencia del método de trabajo del arqueólogo y del historiador no son más que maneras distintas de acercarse al objeto fundamental.

En el caso de Chile, las etnias que existieron en su territorio con anterioridad a la Conquista son parte de nuestro pasado, de un cauce donde se mezclaron hombres y culturas en un proceso que llega hasta nuestros días. Ahí están las minorías étnicas, muy mestizadas, los usos y costumbres incorporados al ser nacional y hasta el lenguaje, traspasado por los léxicos indígenas.

La diferencia entre prehistoria e historia se hace más borrosa en cuanto

hay áreas de estudio que tienden puentes muy transitados. Son, por ejemplo, la etnología, la etnohistoria con su base de fuentes escritas y, aunque sólo sea por el método, la arqueología histórica. Agreguemos que la antropología, con su alto grado de abstracción y generalidad, resume, sintetiza y proyecta los saberes específicos e ilumina tanto el campo de la prehistoria como el de la historia.

En el mundo de las ciencias modernas, sean las humanas como las físicas y naturales, ya nadie pretende defender límites absolutos y en cambio se buscan con avidez préstamos y comparaciones que han probado ser útiles y han permitido avanzar por vías insospechadas.

No obstante esa realidad, entre los estudiosos de la historia hubo desconcierto y aun reacciones desmedidas por desconocimiento de la ley de Premios Nacionales y, lo que es más grave, por criterios epistemológicos anticuados.

Ha sido una actitud constante de los historiadores soslayar el pasado indígena, sea porque fuese un fardo pesado para ellos o porque le confiriesen reducida importancia. Ni siquiera han tenido en cuenta la realidad indígena durante el período histórico, como si todo hubiera desaparecido con la Conquista.

Hoy día la historia no puede ser entendida sin el contacto con otras ciencias, porque ellas la enriquecen con sus conceptos teóricos y sus métodos. La antropología, la sociología, la geografía, la economía, la demografía y tantas otras áreas, son empleadas por los investigadores de la historia, que de esa manera ensayan enfoques novedosos. No tiene nada de extraño, en consecuencia, que el Premio Nacional de Historia se haya discernido a un arqueólogo cuyo campo de estudio se funde con la historia misma.

Para quienes se dedican al estudio de la prehistoria, la decisión del jurado del Premio de 1994 debe ser motivo de complacencia, pues es un reconocimiento a su actividad, que se hacía muy necesario y abre nuevas perspectivas para el futuro.